

LA SENDA SECRETA

Pablo Tobías


QUATERNI

Introducción

El comienzo del siglo xvii marca uno de los mayores puntos de inflexión en la Historia de Japón. Después de casi un siglo y medio de continuas guerras civiles entre los distintos señores feudales que luchaban por hacerse con el control del país, una época de derramamiento de sangre generalizado y de enormes pesares para el pueblo llano conocida como Período Sengoku, Tokugawa Ieyasu consigue unificar Japón bajo su mando y traer la paz, siendo nombrado *shōgun* (general de todos los ejércitos) por el Emperador. Empieza así el llamado Período Edo, nombre de la ciudad que sustituiría a Kyoto como centro del poder político y militar y que continúa siendo capital de Japón en nuestros días (se trata de la actual Tokio). Este período durará hasta 1868 con el fin del feudalismo y el comienzo de la Era Meiji.

Sin embargo, lo que en perspectiva es la etapa más larga en la que Japón ha estado lejos de la guerra, fue en sus comienzos un delicado pulso entre vencedores y vencidos, entre los clanes que apoyaron a Tokugawa en Sekigahara, la batalla decisiva de la contienda, y quienes se le opusieron y luego se vieron obligados a postrarse ante él para evitar ser destruidos. Esta tensión implícita entre clanes es la que generó mayor intranquilidad y mayores movimientos en las sombras hasta casi acabado el siglo, tanto de quienes se habían hecho con el poder y querían beneficiarse de él de un modo u otro como de quienes lo ansiaban y conspiraban buscando la forma de conseguirlo (incluso

entre los propios supuestos aliados del nuevo *shōgun*), aunque durante el siglo XVIII la situación se acabaría por estabilizar.

Cuestiones militares aparte, la duración de la paz tiene también una fuerte influencia en el desarrollo de los estamentos menos favorecidos de la sociedad que, por primera vez en más de un siglo, pueden dejar de preocuparse por el abastecimiento de tropas, los saqueos y las matanzas, consiguiendo así desarrollar plenamente su productividad hasta el punto de ampliarla con la aparición de un nuevo elemento clave para el impulso económico y social: los comerciantes. En una sociedad fuertemente marcada por las castas, con los *samurai* en la parte superior, la llegada de una nueva figura a medio camino entre lo elevado (no eran campesinos ni artesanos) y lo mundano (tampoco eran nobles) con un recién conseguido poder adquisitivo supone una revolución que se manifiesta de dos formas tan definidas como entrelazadas: el desarrollo financiado de actividades artísticas que hasta ahora solo se daban en la corte por quienes tenían el tiempo y el dinero para dedicarse a ellas (poesía, pintura, teatro...) y la construcción de edificios (en torno a los cuales se acabarían por construir barrios enteros, con el consiguiente desarrollo urbanístico) dedicados a estas actividades y a las relativas al comercio, como teatros, almacenes y tiendas. A su vez, de esta suerte de “clase media” surgen también nuevas actividades como la de mecenas, que al mismo tiempo fomentan la proliferación de pintores, poetas y actores independientes, creándose así estilos de tantísima relevancia como el *ukiyo-e* en pintura, el *haiku* en poesía o el *kabuki* en el teatro, que no solo representaban a la perfección ese “mundo flotante” urbanita y hedonista que se había creado, sino que todavía perduran hasta nuestros días.

Es en el desarrollo de esta calma inquieta, de esta paz inesperada y frágil empapada de arte, belleza y muerte, donde transcurre esta historia.

I644

La lluvia que acariciaba los aleros del santuario era tan fina que, de no saber que iba a morir, “*Hidari*”¹ Jingorō la hubiera recibido como una caricia del cielo.

Consciente de que la sombra tras de sí no haría nada hasta que hubiera finalizado, recitó con parsimonia todas y cada una de sus oraciones y, tal y como observaba la tradición, las culminó dando dos palmadas.

—Entonces esta es la respuesta al *kōan*²... —escuchó decir a la oscuridad—. El sonido del aplauso de una sola mano.

“*Hidari*” se dio media vuelta colocando con decisión su zurda sobre la empuñadura de su *katana* que, desafiando el dogma del guerrero, descansaba en horizontal trabada en el cinturón no frente a él sino casi en su espalda. El muñón donde antes había estado su diestra pareció caer con indulgencia al otro lado de su cuerpo, casi al final de la vaina.

—Así es como desenfundas tan rápido, ¿eh? —continuó la voz—. Haciendo palanca con el brazo que parece inútil. Y diría también que la hoja de tu espada es algo más corta de lo que parece por su *saya*³.

1 Izquierda.

2 En la tradición *zen*, problema en apariencia absurdo o ilógico que el maestro plantea al discípulo para intentar abrir su mente.

3 Vaina.

“*Hidari*” intentó que su gesto no mostrara un ápice de sorpresa, pero lo cierto es que las palabras de su asesino permearon en él más que la lluvia y, si en lo más hondo de su corazón aún conservaba alguna esperanza de salir de allí con vida, lo que acababa de oír la había cercenado con la misma violencia que el tajo que le hizo ganar su sobrenombre.

—Es un movimiento muy inteligente, digno de un compañero de tu renombre. De veras lamento tener que estar aquí.

—Solo cumples con tu deber, Yozaemon —habló por fin Jingorō—. Aunque, si quisieras escucharme, entenderías igual que yo por qué el *shōgun*⁴ debe caer.

—Los Tokugawa han traído la paz. Podíamos haberte dejado ir si solo te hubieras negado a servirlos, pero tu traición no puede quedar impune.

La figura entre las sombras se hizo visible por fin bajo la luz de la agotada luna y Jingorō pudo ver a un hombre de su misma edad, pero con muchísimo más pesar en la mirada. La lluvia arreció.

—Estoy seguro de que tú también has leído los textos que han empezado a circular y también tienes dudas. El Emperador no puede quedar a merced de un solo clan.

En el silencio que habitaba entre las gotas de lluvia, “*Hidari*” creyó escuchar también que el pulso de su rival se aceleraba.

—Tú tienes aquí tu legado, “*Hidari...*”. Yo no puedo poner en peligro el mío —zanjó Yozaemon.

—¿El hombre que me llama traidor antepone su familia a todo lo demás? —objetó Jingorō.

—Acabemos de una vez —dijo uno de los dos, no importaba quién.

Y, tras un saludo solemne y una mirada de aprecio, el acero batió el aire, la lluvia y la carne.

4 Gobernador totalitario de Japón que, aunque supuestamente servía con todo su poderío militar al Emperador, en realidad ostentaba más poder que este, cuyo cargo era casi honorífico.

Sintiendo cómo manaban de su cuerpo la sangre y la vida, “*Hidari*” Jingorō cayó sobre sus rodillas sujeto por el hombre que acababa de asestarle el golpe fatal.

—Míralos, Yozaemon —dijo señalando hacia las tallas de madera que se perfilaban a lo lejos sobre las puertas de uno de los pequeños edificios del templo—. ¿Qué estamos haciendo?

—Tú lo has dicho: cumplir con nuestro deber.

El moribundo asintió, casi sin fuerzas.

—Debes sentirte afortunado pese a todo —prosiguió Yozaemon—. Poca gente tiene la fortuna de dejar este mundo delante de su propia obra, y este santuario estará aquí para siempre.

Y así, con esas palabras y una sonrisa, el *ninja* conocido como “*Hidari*” Jingorō abandonaba la vida.

Yozaemon, incapaz de dejar allí el cuerpo de su compañero, cargó con él y se dispuso a darle un entierro formal en el bosque más próximo, para que pudiera descansar junto a su legado por toda la eternidad. En su camino hacia la salida, no pudo evitar detenerse ante la talla de madera que había sido y sería la mejor obra del hombre que yacía entre sus brazos. Desde la parte superior de la puerta, los tres monos le garantizaban que nunca nadie sabría de lo ocurrido esa noche, en ese lugar.

Uno no lo había visto, el otro no lo había escuchado y el tercero jamás lo contaría.

Culpable y aliviado al mismo tiempo, Yozaemon abandonó el recinto del santuario para nunca más poner pie en él, y al atravesar su *torii*⁵ sintió que, de alguna forma, su vida también había terminado esa noche.

5 Arco tradicional japonés que suele encontrarse a la entrada de los santuarios sintoístas.

I689

Matsuo Bashō sintió que una suave mano lo arrastraba fuera del sueño y lo posaba de nuevo en su lecho. En la oscuridad de sus ojos cerrados, como cada mañana antes de volver a apreciar la luz que se colaba en su cabaña a través de las hojas del banano que le había dado su última identidad como poeta, creyó oír a lo lejos el sonido del agua en el viejo estanque. Sin embargo, salvo por él, toda la casa estaba en calma.

Abrió los ojos.

Nada a su alrededor.

Solo recuerdos.

Como cada mañana, Bashō intentó dejarlos atrás. Se puso en pie, saludó juntando las palmas de las manos a la figura de Buda que compartía espacio con él y sus escritos y salió al exterior, estirándose con un fuerte bostezo. Una vez fuera, se colocó entre el banano y el arroyo que hacía fluir la vida en ambos, miró al cielo deseando descubrir qué forma tendrían ese día las nubes al pasar quemándose frente al sol y respiró hondo. Una brisa fresca se coló en él casi sin querer y llenó también hasta el último surco de su cara.

“Mi rostro es ya como una máscara de aire”, pensó; “una máscara antigua... No, vieja”. Sediento, introdujo en el manantial su cuenco de cerámica, donde el oro con el que se habían restañado sus grietas brilló con fuerza antes de volver a emerger.

“Quizá mi rostro es como este cuenco”, se dijo mientras miraba su agitado reflejo entre trago y trago; “y la máscara de

mis surcos debiera ser como el sol. No... Aunque las cicatrices se tapen con oro, su porqué sigue siempre presente”.

Bashō dejó el cuenco a un lado y se dispuso a comenzar a escribir allí mismo. Apenas empezó a sentir que su rostro quizá fuera como el papel y su máscara tal vez de tinta, un olor intruso pero a la vez familiar le perturbó y le hizo concentrarse de tal forma que cualquier extraño que hubiera pasado en ese momento por allí habría pensado que en ese jardín había dos árboles y no uno.

—Puede que mirando un cielo haya descubierto otro... —dijo de pronto esbozando una sonrisa.

Se oyó movimiento entre las hojas, al principio leve, luego constante de pasos, hasta que por fin Sora⁶ salió de la enramada y se hizo visible.

—Parece que es imposible encontrar desprevenido al maestro, tanto de cuerpo como de inspiración...

Bashō se alegró de ver a su amigo y alumno, siempre apuesto y siempre bienvenido en su hogar, aunque en el momento de ir a saludarlo se dio cuenta también de que algo le ocurría.

—¿Qué es? —dijo casi como si las palabras escaparan de su boca.

Como única respuesta, Sora avanzó los pasos suficientes para quedar ante su mentor y, tras postrarse ante él, extendió ambos brazos mostrándole el pequeño pergamino lacrado objeto de su presencia. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Bashō solo con verlo y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para extender su mano hasta él y asirlo. El tacto de aquel papel, de aquel sello, abrasaba su piel y su memoria. Sintió el impulso de lanzar ese mensaje maldito al agua, después él de abrirlo, pero un descomunal peso acabó por vencerlo y lo único que pudo hacer fue dejarlo donde estaba, en las manos de su amigo.

—No... —musitó Bashō—. No puedo.

Y sintiendo que el aire desaparecía de su cara, sus pulmones y del mundo mismo, regresó a refugiarse a su choza, intentando

6 “Sora” es un nombre propio homónimo de la palabra “cielo” en japonés.

convencerse de que había posibilidad de huir de aquello, que no era otra cosa que su propia vida.

Al instante, el *shōji*⁷ se hizo a un lado y la silueta de Sora se recortó por igual en el umbral y en el suelo de la estancia. Bashō, de espaldas a él y a Buda, sintió cómo lo escrutaban. Supuso que Sora, que lo conocía y lo quería bien, estaba buscando las palabras exactas para aquel momento, pero pronto se dio cuenta de que en realidad su amigo y discípulo solo quería confortarlo con su presencia, pues con aquel silencio era innecesaria ya cualquier conversación entre ellos. Sin embargo, Sora tuvo la merced de añadir unas palabras. Diecisiete sílabas que lo cambiaron todo.

—Yo compartiré su camino, *sensei*⁸, hasta el gris Norte.

Bashō notó que una lágrima resbalaba por su mejilla, pero jamás supo si fue de agradecimiento o de tristeza.



El sol había bajado y la temperatura era más agradable. Fuera, en el patio, algunas aves picaban despreocupadas los granos que Sora había tirado al exterior por la ventana después del almuerzo. Dentro de la cabaña, era la tercera vez que Bashō leía el pergamino, la primera que lo hacía con calma, pero aun así no estaba seguro de abarcar del todo lo que el mensaje omitía.

—Tú llevas años a su servicio, Sora, ¿qué pretenden? —preguntó a su discípulo, que sentado frente a él lo miraba con paciencia.

—Intentan que la paz perdure, como siempre. Por eso quieren que les informemos de lo que esté ocurriendo.

—Enviar al Norte a un viejo poeta y su discípulo no son garantías de nada.

—¡Tiene solo 45 años, maestro, pocos más que yo! ¡No es usted un viejo en absoluto! —replicó Sora casi riendo—. Y,

7 Puerta corrediza tradicional japonesa, hecha de madera y papel *washi*.

8 Maestro.

además, enviarnos son buenas medidas: ¿quién mejor que un par de poetas para garantizar que Japón viva por siempre en un mundo flotante?

Bashō meneó la cabeza en uno de sus gestos característicos, desdeñando las palabras de su alumno por saberlas vacías de fondo en su exceso de forma. Sora, sin embargo, no se dio por vencido.

—Por otra parte...

—¿Qué?

Sora se dispuso a responder consciente de cada palabra que iba a pronunciar, esforzándose tanto en que su respuesta fuera perfecta como en que no se percibiera la intención que había tras ella.

—Usted siempre ha dicho que le fascinaba la idea de ver la luna llena sobre la bahía de Matsushima.

—Así es. ¿Y?

—Que, ya que vamos en esa dirección, opino que sería un buen momento para retomar sus viajes y escribir. Sería también una forma inteligente de disimular nuestras intenciones.

Bashō no pudo evitar mirarlo con interés durante un instante, pero en menos de la fracción de segundo que tardó en arrepentirse, Sora ya le había descubierto.

Satisfecho por haber acertado, no pudo sino seguir adelante.

—Siempre dice que quiere seguir los pasos del gran Saygiō-*sensei*, y su fama es ya la de un monje errante por más que últimamente no salga de esta casa...

—¡Ni hablar! —replicó súbito el maestro con una ira tan desconocida en él que sorprendió a ambos.

Sora tragó saliva. Desde fuera llegaba nítido el sonido de las aves, que competían por hacerse con las últimas migajas. Bashō, arrepentido, se secó con las yemas de los dedos las gotas de sudor que, pese al suave tiempo, habían comenzado a perlar su frente.

—Lo siento —prosiguió más calmado—. Pero no puedes pedirme que mezcle esto con la poesía, que lo intente acallar siquiera con ella. Algo así es lo contrario a la poesía.

Sora se postró ante él, pero de sus labios no salió una disculpa sino una súplica.

—Entonces, maestro... —dijo con la garganta seca—. Conviértalo usted en una.

Las aves del patio emprendieron el vuelo, dejando encargado al silencio de acabar atrapando su aleteo.

Sora tardó en levantar la cabeza y, cuando lo hizo, temeroso de encontrarse por primera vez ante el rechazo absoluto de su maestro, lo que vio frente a él fue un hombre dubitativo.

El sol siguió moviéndose, inmóvil. Las sombras siguieron creciendo.

—*Sensei*... —acertó a decir por fin con tono inquieto, sabedor de lo que les ocurriría si rehusaban la misión—. Sabe tan bien como yo que esto tenía que pasar tarde o temprano, que incluso mi llegada a esta casa se provocó en origen para poder convenir este momento.

Como única respuesta, Bashō se limitó a leer el mensaje una cuarta vez.

Sora se dio cuenta de que las pupilas de su mentor se contraían sobremanera, y que incluso se concentraban todavía más cuando levantó la vista del pergamino y la clavó en él.

—Así que el *shōgun* quiere arruinar al Clan Date para prevenir una revuelta... Parece que por fin Date Tsunamune intentará llevar a cabo su venganza a través de su heredero Tsunamura. Qué gran verdad es que, en este ciclo sin fin, las faltas del padre siempre pesan en el hijo...

Sora sonrió hacia dentro y bebió un trago de agua antes de responder casi de carrerilla.

—Tokugawa Tsunayoshi-*sama*⁹ solo ha ordenado restaurar el mausoleo del santuario de Nikkō donde descansan los restos de su bisabuelo, el insigne Tokugawa Ieyasu. Nada más.

9 Sufijo de trato formal que denota reverencia hacia la persona que se está nombrando.

Ante la mención del santuario, la mente de Bashō pareció vagar a otro lugar por un instante, aunque su atención no tardó en regresar para continuar escuchando.

—Y ha considerado que nadie mejor que Date Tsunamura para semejante labor —prosiguió Sora—. Después de los escándalos que han rodeado al Clan Date durante tantos años, es una gran oportunidad para restaurar su imagen.

Bashō le observó un momento e, inmediatamente, comenzó a dar palmadas. Su cadencia era lenta pero no por ello desganada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sora sin alcanzar a comprender.

—Cuando se escucha una buena composición hay que aplaudir, deberías saberlo —respondió Bashō con total seriedad.

Sora, desprevenido, no pudo evitar reír, y enseguida el maestro rio con él. Algo se había roto, sí, pero algo también se había restaurado. Bashō también se dio cuenta y, por un instante, se sintió mejor. Menos dañado. Como el *kintsugi* de su cuenco: a la vez fracturado y entero, hecho en parte de oro debido a sus cicatrices.

—No quiero hacerlo —musitó.

—Lo sé.

—Pero lo haré.

—Lo sé.

—Solo tengo una última pregunta.

—La respuesta es “sí” —atajó Sora con total seguridad.

Bashō clavó de nuevo sus ojos en los suyos y se dio cuenta de que en ellos habitaba la sinceridad de todo espejo.

—¿Y cómo sabes qué te voy a preguntar?

—Porque solo hay una última pregunta posible, maestro —respondió el discípulo—. Y, sí, después de este viaje, será exonerado usted de sus deberes para con el Clan Tōdō y el *shōgun* tal y como le fue prometido en su día.

Bashō sintió que un enorme peso le abandonaba el corazón solo para ser reemplazado por otro, aunque este se le antojó más grato, más apacible.

—El único deber de un *ninja* es la muerte.

Sora asintió, grave, pero Bashō se limitó a inclinarse con un gesto de agradecimiento hacia su alumno, que era a su vez un gesto de aceptación a lo que se requería de él y a la realidad de ese mismo instante. Cuando se incorporó, tuvo la certeza de que un círculo abierto muchos años atrás comenzaba por fin a cerrarse, oscuro y denso como la tinta con la que los maestros *zen* capturan su esencia.